

Charlie

Me crié bajo el mando de dos puertorriqueños; el único papá que conocí me trataba como algo ajeno; yo era el mayor, mas sin privilegio. Supe la verdad cuando tenía diez años; me parece que nunca fue la intención dejar que me enterara que nunca fue mi hogar.

Me fui y me quedé en Colombia, donde trabajé como sicario. No te cuento las atrocidades que perturban mi conciencia, ni las caras que me visitan. Sobresalía en mi profesión, pero después de poco tiempo, mis amigos no me veían, ni siquiera la viejita que vendía huevos. Cuando yo entraba en el pueblo, se cerraban las puertas y las casas coleccionaban la gente como el sol hace desaparecer agua sobre el pavimento. Las cortinas, como si fueron caretas, corrían para cubrir rostros de preocupación e indagación; preguntaban “¿A quién viene a matar ese Charlie?” Por más que me dolía, comprendía.

Tenía diecinueve años y me acuerdo que para entonces, ya llevaba mi treinta y ocho. Regresé y encontré la casa donde vivía mi madre; su hija atendió la puerta: “Charlie, ¿eres tú?”

Desde su retaguardia, conocí otra voz masculina: “¡Voy a hacer que no nos haga nada así nunca más!” y agarró una cadena como hacía; libré mi pistola de la cintura de mis pantalones; la primera bala le calló en la guata, la segunda, en la pierna; la tercera iba para la cabeza; las mujeres se interpusieron; vi a mi madre que me suplicaba, bajé el cañón, le miré y me fui.